

Bernardo Haour, S.J.: *Introducción a Fenomenología de la percepción de Maurice Merleau-Ponty*, Lima: Fondo Editorial Universidad Antonio Ruiz de Montoya, 2010, 281 pp.

Esta reciente publicación del Fondo Editorial de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya constituye un notable estudio introductorio de “una de las obras más importantes del filósofo francés Maurice Merleau-Ponty, *La fenomenología de la percepción*” (p. 19), publicada por este en 1945, el año en que concluye la Segunda Guerra Mundial, una de las guerras más sangrientas que azotaron a Occidente el siglo pasado. Estamos sin duda ante una obra de filosofía fenomenológica de indudable importancia no solo en el medio universitario peruano, sino en los medios académicos hispano-hablantes en general. Debemos pues felicitarnos por este nuevo volumen que enriquece la labor editorial ya exitosa de la flamante universidad vecina, y por la culminación de un trabajo que asimismo enaltece al *Círculo Peruano de Fenomenología y Hermenéutica* y al *Círculo Latinoamericano de Fenomenología*, de los que Haour es flamante miembro ordinario.

Este trabajo es fruto de un desarrollo y maduración paulatina a lo largo de los años en que su autor ha dictado cursos y conducido seminarios de pregrado en la mencionada universidad. Su resultado es la elaboración meticulosa de una obra interpretativa que no está solamente destinada a orientar la lectura y la reflexión sobre la *Fenomenología de la percepción* de alumnos iniciados en la filosofía, sino también a darla a conocer a un público más amplio que de esta manera puede empezar a familiarizarse con los conceptos fundamentales de la fenomenología existencial de Merleau-Ponty. Ahora bien, no estamos empero ante un simple texto de divulgación introductoria. En efecto, ni Merleau-Ponty es un filósofo sencillo, ni lo que Bernardo Haour presenta modestamente como una mera “Introducción” a la lectura de la obra en mención es un simple texto introductorio o un resumen para principiantes.

En efecto, el pensamiento de Merleau-Ponty es a su vez fruto de reflexiones muy ricas y complejas cuyo desarrollo después de la Primera Guerra Mundial se insertan en el contexto histórico de un debate con la filosofía y la cultura francesa en particular, y con la filosofía moderna y decimonónica en general. Sus reflexiones también se insertan en el contexto de una relación

–igualmente compleja y tensa, pero inmensamente fructífera y creativa– con Edmund Husserl, conocido como el fundador de la fenomenología y de la filosofía continental europea contemporánea, cuyos ecos se sienten a lo largo de toda su obra. A ello hay que añadir múltiples otras fuentes de inspiración, a lo largo de la polémica época histórico-cultural que le tocó vivir, tanto en los diversos frentes filosóficos (donde los rastros de Heidegger también se dejan sentir), como culturales. No se trata únicamente de una complejidad temática evidente, inspirada y nutrida por ese amplio contexto dialogante en el que inscribió Merleau-Ponty su itinerario. Se trata igualmente de una dificultad concerniente al método y al lenguaje, un método y un lenguaje fenomenológicos que, lejos de meramente retomar los de Husserl y aplicarlos sin más, exploró en los meandros de la experiencia fenomenológica nuevas maneras de configurarlos desde lo más profundo de la inserción de la vida en la naturaleza, y nuevas maneras de llevarlos a la expresión. El método resulta por ello complejo. Complejo también resulta el lenguaje peculiar que sigue el rastro del fenómeno. Y Bernardo Haour asume la tarea en su libro de modo magistral, pues si bien se esfuerza en la tarea pedagógica de iniciar e invitar a la lectura, no hace concesiones a la simple divulgación panfletaria ni a la esquematización facilista, comprometiéndose resueltamente a desplegar los conceptos y los temas paulatinamente con rigor y creciente complejización, en un todo muy bien articulado, desde los primeros capítulos introductorios a los más densos del final, especialmente los capítulos doce al catorce. El capítulo quince, con el que se cierra el volumen, antes de presentar una breve cronología de la vida y obra de Merleau-Ponty y la bibliografía sobre la que se apoya el autor, presenta un breve resumen de diez de los conceptos más fundamentales que atraviesan el texto, desde el concepto de reducción fenomenológica hasta el concepto de filosofía –en clave Merleau-pontiana–.

En esta breve reseña, no recogeremos las principales argumentaciones de este libro de singular valor siguiendo el hilo conductor de su autor, haciendo referencias más generales al contexto fenomenológico post-heideggeriano de la filosofía continental europea en el siglo XX –que hubiera sido una alternativa también deseable–. Nos limitaremos a invitar a su lectura señalando algunas líneas y reflexiones sobre la obra dejando a Haour mismo hablar, al paso que destacando, más allá de sus principales méritos y originalidad, algunos aspectos que, desde nuestra particular experiencia en temas fenomenológicos, nos han llamado especialmente la atención.

Lo primero a resaltar es la cuidadosa edición, que reiteramos refleja también el mérito del gran trabajo que está últimamente realizando el Fondo Editorial de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya. Lo segundo a destacar es la traducción impecable de Gianna Toringhi, que recoge las inflexiones interpretativas del francés nativo de Haour, sin dejar expresión oscura alguna. Lo tercero es que este libro, como señala Vicente Santuc S.J. en su Presentación, “se inscribe en el marco de los objetivos más generales” (p. 16) de dicha universidad, y que todos reconocen fundamentalmente en el desarrollo de la dimensión *práctica* –vale decir, *ético-política*– de la filosofía entendida como propiamente *encarnada* en la naturaleza, la historia y la sociedad. En efecto, Haour elige empezar los quince capítulos que componen su libro con uno dedicado al “Origen de lo social” (cf. pp. 21-26), en el que empieza planteando el entorno universitario e histórico que constituye el *suelo* del que nace el pensamiento de Merleau-Ponty. Por otro lado, decide cerrar la exposición temática de la *Fenomenología de la percepción* con el capítulo catorce titulado “Existencia e Historia” (cf. pp. 233-261), en el que no solo elucida la *relación* del *individuo* (que halla su inicio en una temporalidad natural encarnada) con el *medio simbólico de la historia* (en el que se entrecruzan las diversas temporalidades encarnadas individuales en la coexistencia del *mundo cultural* y la *generalidad social*), sino en el que recoge los planteamientos de Merleau-Ponty en torno al *problema de la libertad*. Esta última solo se hace posible precisamente cuando la temporalidad encarnada se expresa y proyecta en el medio histórico-simbólico. La *libertad*, así, no es pura autonomía, precisamente debido a su encarnación inicial y nacimiento temporal, así como a su orientación hacia un *medio simbólico* que expresa las temporalidades de existencias individuales precedentes. En consecuencia, la libertad solo es efectiva en tanto *situada* en función de ese pasado generativo. Es en este contexto que se insertan las reflexiones de Merleau-Ponty sobre una nueva manera de entender lo que el análisis marxista califica de *situación revolucionaria* y el tema de lo que él denomina *medio de coexistencia* (cf. p. 252) en vinculación con el “movimiento social”: un “medio de coexistencia” que no es *ni* fluido, *ni* transparente, *ni* acabado, sino una “*dimensión... como aquello que en el presente retoma un pasado y le otorga un futuro*”, el cual, en tanto estabilizado y *adquirido*, estará disponible para las generaciones siguientes (cf. pp. 255-256). Nuestra libertad, por ende “*no sabrá ser global*”, pues la acción es siempre parcial, situada, y se apoyará siempre sobre un pasado que ella pueda confirmar o modificar (cf. pp. 256-257). Siguiendo el hilo conductor de la *Fenomenología de la percepción*, el texto de

Haour empieza pues y cierra con la dimensión social hacia la que se proyecta el texto fenomenológico de Merleau-Ponty.

Desde el primer capítulo en adelante el autor –al recordarnos el entorno universitario e histórico después de la Primera Guerra Mundial–, nos presenta las filosofías modernas y decimonónicas con las que Merleau-Ponty entrará en debate y buscará destacar su pensamiento: la filosofía cartesiana, la filosofía kantiana trascendental, y las filosofías del espíritu y de la libertad –estas últimas inspiradas en las asiduas lecciones que sobre la obra de Hegel, fundamentalmente la *Fenomenología del espíritu*, dictaba Alexandre Kojève en la Escuela de Altos Estudios de París (cf. p. 23)–. El punto de vista del individuo sensible requería ser tratado en sus propios términos. Pero el materialismo histórico retorna a un concepto de lo empírico, de lo sensible, que encierra sus propias aporías al solo proponer una lectura preponderantemente económica de lo social. ¿Cómo se produce lo social, lo económico, lo político, la coexistencia? Serían las preguntas de Merleau-Ponty: ¿serán procesos en tercera persona, expresables en un puro discurso *en sí*, mecánico, determinista, objetivante, causal? ¿O serán procesos enteramente voluntarios, sometidos a la *racionalidad* autónoma y auto-transparente de un discurso *para sí*, enteramente en posesión de sí mismo, unilateralmente constituyente de sentido y generador de mundo? (cf. p. 25) Merleau-Ponty se propone, como señala Haour, una *reforma del entendimiento*, explorando “de qué manera la racionalidad no se ofrece de antemano en una razón trascendental, en un Espíritu absoluto, o en un proceso económico inexorable”, sino que “*se presume* por una anticipación de sentido originada en el vínculo de nuestro cuerpo con el mundo por el cual nos comunicamos con el otro” (p. 26).

A partir de esos planteamientos iniciales, los capítulos segundo al noveno, en un proceso que, como ya señalé, se desarrolla de una menor a una mayor complejidad en la presentación de los temas, siguen un esquema interpretativo que emula al de la obra que comenta, esquema que el autor desarrolla en el capítulo trece sobre “La sedimentación”¹ (cf. pp. 201-231). Se trata de la estructura temporal e histórica de toda comprensión, que se desarrolla en efecto como una “suerte de espiral” (p. 214). Esto significa, en el

¹ Este tema fue introducido por Edmund Husserl, por ejemplo, en su texto complementario de la *Crisis* en 1936, titulado “El origen de la geometría”. Traducción al castellano de Jorge Arce y Rosemary Rizo-Patrón publicada en la revista de la Pontificia Universidad Católica del Perú/Instituto Riva-Agüero, *Estudios de Filosofía*, IV (2000), pp. 33-54 (cf. el tema de la “sedimentación” en pp. 39, 43, 45, 46, 48 *passim*).

contexto de la obra que comentamos, que los temas y conceptos introducidos en los primeros capítulos se conservan y retoman (“reactivan”) en el contexto de los siguientes, siendo su presentación preliminar el “punto de apoyo” y “motivo” de su desarrollo ulterior.

En consecuencia, los temas que vemos desenvolverse desde el segundo al noveno capítulo comienzan con el papel de la *reflexión y la palabra* (cf. pp. 27-38), en oposición a la tradición reflexiva de origen cartesiano y kantiano, en vinculación con la dimensión de lo *prerreflexivo* y la posibilidad de su recuperación lingüística. En lo sucesivo, Haour va abordando el difícil concepto de *intencionalidad operante* (cf. pp. 39-49) que se vincula a la llamada *fe primordial en el mundo* y al punto de partida en el cuerpo, en oposición a la *intencionalidad en acto* que es aquella en la que se desenvuelve la “constitución de sentido” activa de la filosofía reflexiva –en la que Merleau-Ponty incluye a la filosofía husserliana–. *De facto*, el concepto de intencionalidad operante está influenciado por la concepción husserliana de síntesis o “constitución” pasiva, genética, pre-objetivante, a la que Merleau-Ponty otorga un papel tan preponderante que su relación con la *intencionalidad en acto*, o el papel que finalmente se le asigna a este –por lo menos en la presentación de Haour– queda a nuestros ojos algo oscurecida. En seguida, va desarrollando Haour la relación expresiva de los cuerpos en el medio de lo sensible y en el silencio de lo prerreflexivo (cf. pp. 51-57); la superación del binomio sujeto/objeto introducido por la filosofía reflexiva a través de su discusión con los trabajos de la Escuela de la *Gestalt* y su reinterpretación (cf. pp. 59-66); el concepto de *fe perceptiva* en vinculación con el ser en el mundo, y el engranaje de lo fisiológico y lo psicológico desde la base fundamental de la corporalidad temporalizada (cf. pp. 67-81); la necesidad de un nuevo concepto de reducción fenomenológica debido al “olvido de la fe perceptiva” que nos hace perdernos en las cosas (cf. pp. 83-88); nuevamente el tema del *cuerpo propio y el esquema corporal* en el que se retoman los aportes de la Escuela de la *Gestalt* en su reinterpretación merleau-pontiana (cf. pp. 89-97), y donde el cuerpo aparece orientado hacia el mundo a la vez que orientándolo, organizándolo, y articulándolo en figura y fondo, y en profundidad –es decir, donde el *esquema corporal* consiste en ese ordenamiento de un *espacio corporal* “que orienta la manera de responder del cuerpo propio a la sollicitación del *medio*” (p. 95)–; y, finalmente, en el capítulo noveno, la aproximación al cuerpo como *puesta en forma del mundo* (cf. pp. 99-109).

Estos capítulos preliminares van preparando el trabajo propiamente exegético y más de fondo que suponen los capítulos que van del décimo al decimotercero, y que consideramos son los que constituyen el aporte más importante del libro. El capítulo décimo (*cf.* pp. 111-129) recoge las reflexiones de Merleau-Ponty (en el capítulo tercero de la *Fenomenología de la percepción*) sobre los estratos fisiológicos y psicológicos del ser-en-el-mundo, y las diferencias entre el movimiento concreto del *asir* y el movimiento abstracto del *mostrar* en el *gesto* corporal que instaura nuestra primera relación con el otro. El capítulo undécimo (*cf.* pp. 131-158), a su vez, aborda el importante capítulo del cuerpo como ser sexuado; mientras que el amplio capítulo duodécimo (*cf.* pp. 159-199) desarrolla exhaustivamente el concepto de cuerpo como *expresión y palabra*. En este último capítulo, Haour explica cómo la dimensión del movimiento abstracto del *mostrar* en el gesto viene a ser superado por el nacimiento de la palabra, la que a su vez da nacimiento al lenguaje instituido al que se le enfrentará el “uso instituyente” del lenguaje instituido. Todos estos pasajes, nuevamente, nos hacen recordar fuertemente el análisis del lenguaje que Husserl emprende en “El origen de la geometría”. Finalmente, el importante capítulo decimotercero se refiere –como ya hemos señalado– a la “sedimentación”, desde donde se plantea nuevamente la relación del concepto de *naturaleza* y la emergencia, desde ese mundo natural entendido como suelo y horizonte, de un mundo social que nos *inviste* tan profundamente como lo hace el mundo natural. El texto termina, como se ha ya mencionado, con un capítulo de resumen muy útil que pasa en revista los principales conceptos tratados a lo largo de la *Fenomenología de la percepción* y del propio estudio introductorio.

No queremos dejar de señalar que el estudio introductorio a la *Fenomenología de la percepción* que reseñamos no es simplemente un texto que nos ilustra dicha obra de Merleau-Ponty. Bernardo Haour constantemente hace referencias al resto de la obra del filósofo francés iluminándola a partir de la obra de 1945; inversamente, haciendo gala de gran erudición, echa luces sobre esta última a partir de la obra inaugural, *La estructura del comportamiento*, así como de la obra posterior, siendo constantemente citados *Signos*, *Sentido y sinsentido*, *Humanismo y terror*, *Las aventuras de la dialéctica*, *La prosa del mundo*, *el Elogio de la filosofía*, *Lo visible y lo invisible*, entre otros.

La obra fenomenológica de Maurice Merleau-Ponty ciertamente enriquece la fenomenología contemporánea, en dirección de una explotación de la obra genética y generativa de Husserl. Por intentar distanciarse, sin embargo, de

un modo extremo de la conciencia reflexiva, de la intencionalidad en acto, de la voluntad, entre otros conceptos de la filosofía moderna reflexiva, no vemos todavía muy claramente cuál es propiamente el papel en Merleau-Ponty de la *intencionalidad en acto*, la cual no parece desconocer, y por ende también de la llamada por Husserl *autorresponsabilidad humana*, instancia desde la cual el sujeto se hace precisamente “cargo” del fondo de naturaleza y corporeidad, para no caer totalmente en el naturalismo y en el puro flujo pulsional instintivo de las pasiones humanas.

Rosemary Rizo-Patrón
Pontificia Universidad Católica del Perú